
Las Memorias del Gral. V. Huerta: tres lecturas y un epílogo

Servando Ortoll¹

Universidad Autónoma de Baja California

1. Agradezco a Dante Ojeda Wancho, Alejandro Rodríguez Mayoral y Eva Nohemí Orozco García, su auxilio en la obtención de buena parte de los documentos que aquí cito. Leticia Gorostieta Damm comentó amablemente una versión anterior de este ensayo.
2. Consúltese Alma Dorantes González *et al.* *Guía de la colección independencia y revolución en la memoria ciudadana CIESAS-INAH*. México: CIESAS-INAH, 2011, p. 37.
3. Una copia electrónica de este documento se encuentra en la Biblioteca Carmen Castañeda García del CIESAS-Occidente bajo la siguiente clasificación: CIYRMC-BCCG-CO, caja 10, exp. 11.
4. *El Nacional*, periódico de la ciudad de México, publicó entre el 8 de mayo y el 3 de julio de 1913, las *Memorias...* de Victoriano Huerta en una columna titulada, contradictoriamente, “Folletín que no lo es”. Otro tanto practicó la revista *Hoy*, ciudad de México, entre el 2 de octubre y el 20 de noviembre de 1943.

Quienes consulten por primera vez la *Guía de la Colección independencia y revolución en la memoria ciudadana CIESAS-INAH* posiblemente no se percaten que, entre los miles de documentos allí alistados, se esconde uno que tiene una historia propia y, al menos, tres lecturas. Me refiero a las *Memorias del Gral. V. Huerta*.² Alrededor de seis versiones de éstas han circulado por el mundo principalmente en dos formatos: como libro mal encuadernado –que coincide con el que puede consultarse en la Biblioteca Carmen Castañeda García del CIESAS-Occidente– y sin pie de imprenta (pero publicada en la ciudad de México en o después de 1917, pues entre sus páginas de anuncios aparece una referencia a la Constitución nacida ese año),³ y por entregas, en dos periódicos y épocas distintas.⁴

La portada de la versión disponible en la biblioteca referida resume su contenido. En ella se aprecia el busto caricaturizado del general Victoriano Huerta –donde se le dibuja viejo y con rasgos orientales– guarnecido, en su parte superior, por diez calaveras, símbolo y recordatorio de la muerte. Una calavera adicional la porta el Huerta desfigurado, en la solapa. Quien abra las primeras páginas supondrá que está por adentrarse en los laberínticos senderos de una personalidad diabólica y desalmada. Más que memorias, la portada apunta a unas confesiones desnudas que su autor se dispone a desahogar.



Portada de las *Memorias del Gral. V. Huerta*. Guadalajara: CIESAS-Occidente. Biblioteca Carmen Castañeda García. Clasificación: CIYRMC-BCCG-CO, caja 10, expediente 11.

Todas las versiones de estas *Memorias...*, con añadidos y restados, han pasado de ser consideradas como verídicas –y reveladoras de la personalidad del general Victoriano Huerta, *bête noire* de la historia oficial mexicana– a ser calificadas de espurias y por tanto indignas de fiar. En las páginas que siguen reproduzco, a manera de ejemplos, tres apreciaciones de sendos autores –el crédulo, la promotora de la historia oficial y el escéptico– y explico las razones por las que me adhiero a la postura de este último, a la par de criticar las de los dos primeros. No sigue esta presentación un orden cronológico porque lo que trato es mostrar cómo se propagan noticias falsas y cómo se prestan autores a difundirlas, y ciertos lectores se disponen a creer en ellas.

*Apreciaciones de un cándido
(y enmarañado) lector*

Escrito con un estilo farragoso y publicado en dos entregas en *Excélsior*, en 1951, el ensayo del autor poblano Sandalio Mejía Castelán es el de un lector que toma por verídicas las *Memorias...*, si bien percibe que su autor es “contradictorio consigo mismo”.⁵ Cito aquí y allá secciones de su texto que, según dice, se basa en una lectura de ciertos acontecimientos históricos que él conoce y que coteja con la obra en sus manos. La versión de las *Memorias...* que él comenta es la publicada en Barcelona en 1915. Pide Mejía Castelán que no se le confunda como “panegirista” ni como “defensor” del general: “No es ... mi objeto hacer una campaña de rehabilitación, ni cambiar de alguna manera la fama pública de dicho señor que vivió una época de extravíos a raíz de la liquidación de la dictadura”. Y prosigue:

sólo me concreto a comentar sus “Memorias”, de las que he sacado sólidos pareceres, vicios hasta la abyección, felonías, odios, ofensas a la Humanidad, pasiones, censuras, procacidad, gestos despectivos, desatinos, etc., etc., y, sin embargo un discernimiento entre lo bueno y lo malo, entre lo sólido y banal, sentimientos al fin desafortunados por su inclinación [de Victoriano Huerta] al alcohol.⁶

La permanente “angustia” de “indio puro y mañoso de origen”, según las apreciaciones racistas de Mejía Castelán, llevó a Huerta

a pensar en un desequilibrado intento de aniquilar a sus semejantes, a los que odiaba bajo todos los conceptos, así fuera el mismo general Díaz, su grupo de ‘científicos’ y, posteriormente, a Madero, Pino Suárez, Belisario Domínguez, a su mismo compadre Enrique Cepeda, y muchos más ...⁷

Pueden identificarse en las líneas que acabo de citar los temas acerca del “verdadero” Huerta que

5. Sandalio Mejía Castelán. “El verdadero Huerta. I”. *Excélsior*, México, 29 de agosto de 1951, pp. 6 y 13, en esp. p. 6.

6. *Ibid.*, p. 6.

7. *Ibid.*, pp. 6 y 13.

los carrancistas repitieron reiteradamente: el general era un alcohólico, un frío asesino y un ente absolutamente insensible e irracional: “jamás vertió [Huerta] la más insignificante lágrima por un muerto”, afirma Mejía Castelán, y parafrasea así las *Memorias*. . .: “ya que sus ojos no fueron hechos para llorar”.⁸ Para el autor poblano, el alma de Huerta era “un almacigo disimulado de debilidades y felonías, con todas sus lacras y corrupciones”;⁹ puesto que “nada” conmovía a Huerta, “pues su pensamiento era el del aniquilamiento total”, no sorprendía que “sólo una vez” el general tuviera “la sensación de que la República se bañaba en sangre de confín a confín, lamentando sobremanera el paulatino exterminio de su ejército leal”:

Pero esta emoción le duró poco, pues cuando se le presentó oportunidad de mandar asesinar a su compadre Cepeda, él mismo [Huerta] explica que en su condición de gran comediante y dominado por el gesto diabólico del juramento falso, se dirigió a la casa de su víctima, saludando cariñosamente a su comadre, viuda hacía una hora, y puso un beso en la frente de su ahijada, la pequeña huerfanita.¹⁰

Ni los más perversos de entre los que falsificaron las *Memorias*. . . de Huerta anticiparon encontrarse con un lector tan crédulo como Sandalio Mejía Castelán. Don Sandalio no dudó en un momento de la veracidad de las *Memorias*. . . y elaboró su ensayo con la confianza de sostener entre manos un documento auténtico. Autores como Sandalio Mejía Castelán, puede verse, coreaban (y todavía corean) la historia oficial –léase carrancista– sin ir más allá (aunque afirmaran o afirmen lo contrario) de lo que recalca esa misma historia oficial. Pero, ¿a quién atribuirle unas memorias tan verosímiles que algunos de sus lectores no dudaron en su contenido?

Joaquín Piña: ¿vendedor de libros o falsificador?

En un pie de foto que contextualiza la portada de las *Memorias*. . . en la revista *Mañana*, se lee que dicho “folleto”

8. Sandalio Mejía Castelán. “El verdadero Huerta. II”. México, 29 de agosto de 1951, p. 12. Las palabras que entrecomilla Mejía Castelán provienen de las *Memorias del Gral. V. Huerta*.

9. Mejía Castelán, “El verdadero Huerta. I. . .”, p. 6.

10. Mejía Castelán, “El verdadero Huerta. II. . .”, p. 12.

11. Pie de foto en *Mañana*. México, 13 de noviembre de 1943, p. 36.

12. William L. Sherman y Richard E. Greenleaf. *Huerta: A Reappraisal*. México: Centro de Estudios Mexicanos, 1960, p. 155.

13. Josefina Mac Gregor. "Prólogo". *Memorias de Victoriano Huerta*. México: Senado de la República, 2004, p. 12.

fué [sic] publicado en San Antonio, Texas, a raíz de la muerte del ex Presidente, editado por la librería de Quiroga. Estas "memorias" fueron escritas por un periodista (se dice que Joaquín Piña) como un medio de vida, haciéndolas pasar como auténticas entre los residentes mexicanos de la época, en el Sur de Estados Unidos.¹¹

Pero... ¿un vendedor de libros es necesariamente su autor? Esto equivaldría a atribuir la autoría de la Biblia a los jóvenes protestantes que con camisa blanca de mangas cortas y corbata negra atada al cuello la venden de puerta en puerta, por más que busquen convencernos de que su versión es la verdadera. Pese a esto, el mito de la autoría de las memorias se repite incansablemente. En 1960, William L. Sherman y Richard E. Greenleaf, escribieron (coloco un [sic] delante de los errores más palmarios de estos autores):

Las así llamadas *Memorias de Victoriano Huerta* fueron originalmente publicadas en 1914 [sic] en Fort Bliss, Texas, [sic] y en 1957 fueron publicadas de nuevo, sin nombrar un autor. Se acepta generalmente, sin embargo, que estos escritos son apócrifos, y que en realidad fueron redactados por Joaquín Piña, un periodista y conocido de Huerta.¹²

Otros autores más han atribuido a Piña la autoría de las *Memorias*..., pero pocos se han afanado tanto como Josefina Mac Gregor, promotora de la historia oficial, en demostrarlo. Y ¿en qué hechos se basa para llegar a tal afirmación, si como ella dice, se encuentran "pocos datos biográficos sobre este personaje"? A su obra bibliográfica: después de todo interesaban a Piña "los personajes políticos, en particular los presidentes". Pero más que producir sobre estos últimos, según Mac Gregor, Piña

era un hombre vinculado con las personalidades políticas de mayor poder en su tiempo, y, por lo tanto, parecía estar informado de sus actividades—incluso las que eran más bien tema de rumores que hechos comprobables—, y conocer sus características psicológicas.¹³

Pero un periodista es autor de obras de corto aliento y por más que se esfuerza Mac Gregor por convencer a sus lectores, la pluma del periodista-vendedor de libros no es tan visceral como la de quien(es) rescribió o rescribieron las memorias de Huerta. Tomo dos fragmentos de uno de los escritos de Piña para mostrar que, aunque no era afecto al general, buscaba con su pluma un balance que no aparece en las *Memorias*... En su ensayo “Triunfo y calvario del presidente Huerta”, Piña escribió:

El [otrora] militar modesto, que en la época de la dictadura porfirista jugaba y bebía tequila para olvidar sus pobreza y para matar el tiempo de su vida sin esperanza, al subir al poder puso de moda el cognac. Contra lo que muchos afirman no se embriagaba de modo tal, que se descubriera su embriaguez. No lo vimos nunca, y lo entrevistamos con gran frecuencia, ebrio.¹⁴

En un ambiente contrario a la memoria de Huerta, es evidente que Piña, si tuviera la pluma viperina de quienes manipularon las *Memorias*... de Huerta, hubiera abandonado todo intento de mostrarse equilibrado. Pudo igualmente evitar toda mención a la popularidad de Huerta entre mexicanos y latinoamericanos. Al comentar –retomando las noticias conocidas– los sucesos en Tampico, acerca de la aprehensión de los infantes de la marina norteamericana y la negativa de Huerta ante la demanda del almirante Henry T. Mayo de que el gobierno de Huerta saludara la bandera de su país con 21 cañonazos, Piña recordó: “saltó como una llamarada la popularidad del Presidente Huerta. ... No sólo en México, en toda la América Española y en España misma, la prensa aclamó a Huerta como un héroe”. ¿Llamarían “presidente” a Huerta quienes manipularon sus *Memorias*...? Como sabemos, el “incidente de Tampico” no terminó allí. Al poco las fuerzas al mando del almirante Frank Jack Fletcher invadieron Veracruz. Así reseñó Piña lo ocurrido:

14. Joaquín Piña. “Triunfo y calvario del presidente Huerta”. *Así*. México, 23 de marzo de 1946, pp. 48-52, en esp. p. 48.

15. *Ibid.*, p. 51.

Cuando ... la escuadra americana cañoneaba a boca de jarro el puerto de Veracruz ... y bajaba a tierra la infantería de marina yanqui a ocupar la ciudad [ocurrió lo imprevisto:] Una manifestación grandiosa, tamaña a la que había recibido a don Francisco I. Madero, aclamó a Huerta, en la capital de la República. Ese día, el héroe de México fué el Presidente Huerta. Pocos días después y cuando se leía su renuncia en la Cámara de Diputados, apareció Huerta en la dulcería “El Globo”, se agolpó una masa del pueblo aplaudiéndolo y vitoreándolo con delirante entusiasmo.¹⁵

La campaña propagandística contra Huerta

Puede apreciarse de lo anterior que, aunque Piña no era partidario de Huerta, distaba de ser su acérrimo enemigo. No le aplaudía, pero tampoco seguía la versión oficial de los hechos. Difícilmente podría Piña ser el autor del texto que discuto. Pese a que ella misma afirma haber leído a Piña, sin embargo, Mac Gregor insiste:

al paso de los años, el periodista insistía en ponerse una máscara para no dar a conocer su autoría [de las *Memorias de Huerta*]. Pero es difícil no aceptar este origen, pues Piña escribió, podríamos decir que reiteradamente, sobre Huerta en tiempos en los que éste estaba totalmente proscrito de las páginas de la historia.¹⁶

16. Mac Gregor, *op. cit.*, p. 13.

Si en efecto Huerta estaba “proscrito de las páginas de la historia” y Piña escribía sobre el general, como vimos no de manera estrictamente desfavorable, ¿a qué se debería su cambio de actitud? La anterior dista de ser una pregunta retórica. Por más que insista MacGregor, Piña no parece haber sido –si es que un día lo fue– antihuertista. Al menos en su “Triunfo y calvario del presidente Huerta”, Piña muestra cautela y respeto. ¿Por qué entonces insistir en que fue el autor de esas memorias?

La insistencia de Mac Gregor por encontrar un enemigo gratuito que sobrevivía vendiendo libros falsos, ignora la maquinaria propagandística al servicio del movimiento carrancista. Sabemos que en Estados

Unidos al menos, esa maquinaria funcionó exitosamente –incluso desde el tiempo en que Huerta era presidente interino– para influir en la opinión pública mexicana y norteamericana. Ya lo dijo Michael M. Smith:

Desde el comienzo de su revolución constitucionalista, Carranza y sus asociados persistentemente intentaron explotar la prensa para generar apoyo entre expatriados mexicanos; proteger la soberanía mexicana; conseguir el reconocimiento del gobierno de Woodrow Wilson; obtener el consentimiento –si no es que la bendición– de sectores clave del público estadounidense para su programa constitucionalista; elevar [la] imagen personal [de Carranza], y defender su movimiento contra las críticas e intrigas de sus enemigos: tanto mexicanos como norteamericanos.¹⁷

Si la maquinaria propagandística carrancista funcionó para beneficiar su movimiento político, también menoscabó la figura de Huerta y sus seguidores. Si “los carrancistas manipularon eficazmente la prensa para desacreditar a Huerta y movilizar oposición contra su régimen”¹⁸ mientras él gobernaba, mucho más lograron una vez que éste dejó el poder y abandonó México. En mi opinión debe entenderse la manipulación de las *Memorias...* de Huerta como parte de una estrategia que se perfeccionaba desde hacía meses y que dado su exitoso funcionamiento no encontró obstáculo alguno en convertir las memorias originales en el dispositivo propagandístico más eficaz, hasta nuestros días, varias generaciones después, en contra de Huerta.

Palabras de un escéptico

Transcribo, para terminar, algunas citas de otro lector de las *Memorias...*: el crítico y escéptico Alberto Valenzuela. El ejemplar que adquirió, posiblemente en una librería de usados, carecía de pie de imprenta, pero al “margen del prólogo del editor”, quien debió ser el primer propietario de la obra imprimió manualmente una fecha: abril 5 de 1918. “Como el escrito se da

17. Michael M. Smith. “Carrancista Propaganda and the Print Media in the United States: an Overview of Institutions”. *The Americas*. Vol. LII, núm. 2, octubre, 1995, pp. 155-174, en esp. p. 155.

18. *Ibid.*, p. 173.

19. Alberto Valenzuela. “¿Quién escribió las memorias del general Victoriano Huerta?” *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*. México, Biblioteca Nacional, vol. IX, núm. 4, 1958, pp. 33-39, en esp. p. 33.

20. *Ibid.*, p. 33.

21. *Ibid.*, p. 34.

22. *Ibid.*, pp. 38 y 39.

por fechado por el General Huerta en Fort Bliss, Tex., Septiembre de 1915”, dice Valenzuela, “parece que la impresión ha de haber sido hecha en 1916, 17 o 18”.¹⁹ Esta versión tiene como agregado de importancia el que el general Huerta ahora sí tuviera tiempo para escribir y burlarse de sus amigos y enemigos íntimos. Pero a diferencia de Sandalio Mejía Castelán, Alberto Valenzuela duda de la autenticidad de la obra:

aparecen aquí, confesadas con ejemplar inverecundia, todas las acusaciones que el carrancismo formuló contra el vencido. Prisionero éste de Wilson e ignorante de que su muerte estaba próxima, ... ¿Cómo iba a escribir el tremendo panfleto autodenigratorio que lo presenta: *a)* con una rabiosa egolatría, *b)* con un cinismo que parece ingenuidad diabólica, *c)* con un desprecio tan insultante para todos cuantos le ayudaron (para sus enemigos un odio africano), *d)* con una monstruosidad de alma digna de un príncipe maquiavélico, *e)* con una impiedad en contraste con el teatral catolicismo de que gustó ciertamente dar muestras[?]²⁰

Con razón se pregunta Valenzuela: “¿a qué dejar un documento que enlodara sus hechos, sus intenciones mismas, su memoria?”; para Valenzuela, las *Memorias*...

provienen de un personaje coetáneo de los acontecimientos, bastante bien enterado ... , que conoció el modo de hablar [de Huerta], sus costumbres, su mente y, por fin, que estaba muy empeñado en difamarlo. ¿Venganza personal? ¿Simple odio político? En todo caso, el hipotético carrancista que la trazó, sabía escribir, porque todo el escrito se lee con sumo interés y se ve bien que salió de un hombre ejercitado.²¹

Sigue Valenzuela una lógica intachable: “Egolatría, cinismo, afán de malquistarse con todos los hombres, aun los más adictos, hacen inverosímil la atribución del escrito ... al propio General Huerta”. Y, “puede un hombre haber hecho muchos males durante su vida; pero ninguno tendrá el curioso empeño de impedir que se pierda su memoria y de que consten sus más oprobiosos aspectos”.²² Desde la perspectiva de una lógica que

reconstruya las posibles razones que Victoriano Huerta pudo tener para circular unas *Memorias...* (aún desde su prisión militar en Fort Bliss) carece de sentido que narrara unos episodios que lo mancillaran ante sus contemporáneos y ante la posteridad. Si Huerta hubiera redactado las *Memorias...* como las conocemos, se trataría –coincido con Valenzuela– de un verdadero fenómeno:

desde Fray Servando a Vasconcelos todos han pretendido hacer ver que una porción considerable, al menos, de su vida, ha ido en pos de una realización noble. ¿Sólo Huerta se habría obstinado en demostrar que poseía el alma más abyecta y malvada? La conclusión que se desprende del examen cuidadoso del libro es que no puede deberse a la pluma del General Huerta. Lo diabólico parece estar en acumular cargos a que ya [no] podrá responder, y los más graves que pudieran hacerse y luego infligirle la burla sangrienta de fingir que salieron de su pluma.²³

¿Cómo leer entonces el documento que tanto ha dañado la imagen pública de Victoriano Huerta?

Carranza tenía planes para una vez consolidada su victoria, pero también para después de su muerte. Lo más importante de todo no era promulgar una nueva constitución política para México;²⁴ era mostrar que el verdadero monstruo, el verdadero dictador había sido Huerta y no Porfirio Díaz: sólo así le arrancarían a Madero el título de *auténtico revolucionario* y se lo apropiaría para su persona. Con Huerta como dictador, Carranza, quien según las apariencias –y la creencia popular– lo había derrocado, resultaba así, por definición, en el indiscutible padre de la revolución. Esto, hasta que los emisarios de la muerte lo sorprendieron pernoctando en un jacal del pueblo cafetalero de Tlaxcalantongo, en la apartada Sierra Norte de Puebla, hasta esos instantes imperturbable de la madrugada del viernes 21 de mayo de 1920.

23. *Ibid.*, p. 39.

24. Las constituciones forman parte integral de la gran mayoría de las revoluciones: las legitiman, así como a sus promotores. Véase James C. Davies. "Toward a Theory of Revolution". *American Sociological Review*. Vol. xxvii, núm. 1, febrero, 1962, pp. 5-19, *passim.*, y Peter Calvert. "The 'Typical Latin-American Revolution'". *International Affairs*. Vol. xliii, núm. 1, enero, 1967, pp. 85-95, en esp. p. 88.

Epílogo

“Los carrancistas entendieron”, escribió hace más de tres lustros Michael M. Smith, “que para promover su causa con eficacia, era imperativo que concibieran sus propios medios para crear, transmitir y diseminar noticias favorables”. Para ello crearon “maquinarias” u organizaciones propagandísticas dentro y fuera de México; “tales organizaciones podían diseminar ‘la verdad’ acerca de la Revolución: defender sus objetivos, programas y liderazgo; e influir en la opinión pública”.²⁵ Si como parte del arsenal de estas organizaciones se aplicaban las plumas artificiosas de escritores como el periodista italiano Carlo di Fornaro (autor de dos obras contra Porfirio Díaz), ¿qué detenía a los carrancistas de expurgar de todo contenido positivo las memorias originales de Huerta y convertirlas en su opuesto?

Una de las formas más insidiosas del engaño, nos lo recuerda Marc Bloch, es aquella en la que “en vez de la falsedad brutal, plena, y ... puede decirse franca, aparece la modificación solapada: interpolaciones en cartas auténticas, en la narración, adornos con detalles inventados sobre un fondo burdamente verídico”.²⁶ Eso es justamente lo que propongo: que se piense en las *Memorias del Gral. V. Huerta* como “burdamente” verídicas en el trasfondo, y mutiladas y transformadas por manos carrancistas empeñadas en burlar a contemporáneos y lectores ulteriores respecto de la verdadera autoría de la versión de las *Memorias*... que ha circulado por el mundo y sigue reproduciéndose para honra y gloria de la revolución mexicana.

Sea quien sea a quien se le haya ocurrido aprovechar la oportunidad única de tergiversar las memorias de Huerta, obró con demasiada premura y se adelantó a los acontecimientos. De haber anticipado que Huerta acabaría en la prisión militar de Fort Bliss, Texas, y de haber tenido más tiempo para trabajar en su versión espuria, pudo haberla convertido en una todavía más creíble. Es por ello seguramente que circula otra versión de las mismas memorias, pero ahora con el añadido de

25. Smith, *op. cit.*, p. 160.

26. Marc Bloch. *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: FCE, 2006, p. 111.

que supuestamente las escribió Huerta desde su celda. Esas segundas memorias y las primeras que vieron la luz en Barcelona o en la ciudad de México –cierto con esto mi aportación al acervo que puede consultarse en la Biblioteca Carmen Castañeda García del CIESAS-Occidente– dadas las evidencias que hasta ahora he recabado, deben leerse no como las confesiones francas de un general cuya tumba todavía permanece allende del Río Bravo; más bien deben estudiarse como un testimonio del extraordinario funcionamiento de la maquinaria propagandística carrancista, capaz de tergiversar las memorias melancólicas del general Huerta, en la más blasfematoria de las obras contra un viejo guerrero mexicano que buscó, hasta el último aliento, pacificar su patria.